

Opinión

Alzó vuelo José Barroeta

• *Rafael Arráiz Lucca*
rafaelarraiz@hotmail.com

S han ido a Mérida a despedirlo: ya no podrán escucharlo leer poemas con su dicción atropellada y fulgurante, tampoco podrán oírlo improvisar poemas alrededor de la mesa de una taberna. Eso le vi hacer en una noche de finales de los años ochenta, cuando a solicitud de los comensales, complació a la audiencia dejando correr las aguas de su río de imágenes y yo, que nunca lo había oído en aquella suerte de trance, inquirí atónito a quienes estaban a mi lado acerca de aquellos poderes excepcionales. Nunca antes ni después he visto discurrir con tanta elocuencia poética, sin apelar a la memoria sino a la inventiva inmediata. Años de práctica, un talento excepcional para darle aire a los caminos más recónditos de la psique, asistían aquel caballero de buena índole y orejas extrañas.

Pero más extraña aún es su obra poética: isla solitaria en el océano de la poesía venezolana; creación que aún los lectores y la crítica están por celebrar como se merece. Isla solitaria que, sin embargo, en su singularidad le rinde tributo a sus filiaciones poéticas: Gerbasi (padre tutelar), Palomares (hermano mayor), Acosta Bello (pariente cercano), Ovalles (compañero de viaje). Si ya en Todos han muerto (1968) se anunciaba una voz singular, en Cartas a la extraña (1972) la especialidad ahondaba sus registros.

Cómo no recordar el comienzo de uno de los poemas más redondos de nuestra poesía, Néstor": "Si no me amas mato a mi padre. /Lo dejaré caer escaleras abajo y veré/ como su cráneo añoso se descorre precipitado/ entre pequeños hilos. /Miraré lo memoria".

Años en París, otros en Barcelona, y de vuelta a Mérida a enseñar en la Escuela de Letras de la Universidad de los Andes, mientras el río fluía con ímpetu, pero dejando espacio entre un libro y otro. Arte de anochecer (1975) y Fuerza del día (1985) y luego un largo silencio en el que el poeta cambió de registro para llegar a uno de sus momentos más altos: Culpas de juglar (1997), donde se lee: "Yo era el mejor poeta de mi tierra/ y de toda la tierra. /Adentro de mí llovía y relampagueaba/ y sentía siempre unas inmensas ganas/ de llorar. Yo me reía de las frutas que caen en los/ tinglados y asustan el silencio/ y hablaba con los muertos y con los animales/ que pasan por la miseria vestidos de capitanes/ largos".

En otro espacio he señalado que su obra es bisagra entre la generación de los años sesenta y la siguiente, y que habiendo sido el más joven de los integrantes de aquella promoción que intentó hermanar los principios políticos y el verso, Barroeta jamás

condescendió con usos imprecatorios.

Mantuvo el poema como lo que es: un espacio sagrado donde la música, la imagen y las inexplicables razones del espíritu encuentran espacio para izar sus banderas. En Culpas de juglar, además, el poeta se enmascaró varias veces para darle voz a los cantos de la historia.

La madurez lo había llevado a invitar al mismo barco a su dicción personal y a los relatos colectivos, esos que se interiorizan y se metabolizan hasta hacerse familiares.

Se me antoja que con su partida se va un pedazo de la Venezuela cubierta del barco. La mayoría de sus mayores se han ido, y las voces de sus compañeros no se alzan o no se escuchan con claridad.

Me cuentan sus amigos que en sus últimos días no habló de la muerte, que estaba tranquilo, que dispuso un féretro lo más discreto posible y, sobre todo, que no quería que se preocuparan por él, que él ya estaba dispuesto para el viaje. Se preparaba para aquello que había predicho en uno de sus poemas: “Un dios perfecto/ anima las flores y los caballos de este/ cuerpo, las formas que he de tocar, solo, / cuando desaparezca”.

La poesía venezolana es de las mejores de la lengua castellana, al menos eso cree este lector que ha abrevado en todas buscando calmar la sed. Los venezolanos, que solemos distraernos con el revoloteo de los pájaros, ignoramos el tamaño del nido que ha ido construyendo un coro de voces solitarias que estructuran una suerte de alma y patrimonio colectivo. De esa congregación que los lectores vamos taxonomizando y agrupando según la temperatura de nuestros humores y permanencias, la obra de Barroeta es compañía permanente.

Voz como emergente del laberinto menos explorado de la psique, y canto de la perplejidad del hombre en su aventura sobre la tierra, de la aventura del huérfano que fue Pepe desde que sus padres lo entregaron al mundo:
“Ahora,/ con llamaradas nuevas en las/ manos, preparo una muerte inocente,/ una puesta de sol que tumbe mi cuerpo/ en la hierba/ y lo vuelva sonido/ o vaca blanca de la serranía”.

Amén.